

Domingo 15º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Mt 13,1-23

Acosado por la muchedumbre que se agolpaba para escucharle, Jesús les propone una parábola, mejor, les dirige un discurso a base de siete parábolas (13,1-52). La primera, más larga y articulada, va seguida, caso insólito, de una explicación. En su misión evangelizadora Jesús ha conocido ya el entusiasmo inicial de las gentes (4,17-11,1) y un progresivo rechazo por parte de los fariseos (11,2-12,50). La parábola tematiza esa su experiencia de predicador y refleja sus más íntimas convicciones. La imagen de la siembra es apropiada para revelar una de las leyes secretas del Reino, el poder oculto pero eficaz de la Palabra de Dios; con ella Jesús quiere poner a sus oyentes ante sus propias responsabilidades: no basta con escuchar, hay que dar frutos. Acoger la enseñanza no es suficiente, si luego no se vive de ella; atenderle bien sin seguirle más de cerca no es meritorio. La escucha de Dios que no concluya en obediencia es esfuerzo inútil.

¹Un día salió Jesús de la casa donde se hospedaba y se sentó a la orilla del lago. ²Se reunió en torno suyo tanta gente, que tuvo que subirse a una barca, donde se sentó, mientras la gente permanecía en la orilla.

³Entonces Jesús les habló de muchas cosas en parábolas y les dijo:

«Una vez salió un sembrador a sembrar, ⁴y al ir arrojando la semilla, unos granos cayeron al borde del camino; vinieron los pájaros y se los comieron. ⁵Otros granos cayeron en terreno pedregoso, que tenía poca tierra; allí germinaron pronto, porque la tierra no era gruesa; ⁶pero cuando salió el sol, los brotes se marchitaron, y como no tenían raíces, se secaron. ⁷Otros cayeron entre espinos, y cuando los espinos crecieron, sofocaron las plantitas. ⁸Otros granos cayeron en tierra buena y dieron fruto: unos, ciento por uno; otros, sesenta; y otros, treinta. ⁹El que tenga oídos, que oiga».

¹⁰Los discípulos se le acercaron y le preguntaron:

«¿Por qué les hablas por medio de parábolas?»

¹¹Jesús les respondió:

«A ustedes se les ha concedido conocer los misterios del Reino de los cielos, pero a ellos no. ¹²Al que tiene, se le dará más y nadará en la abundancia; pero al que tiene poco, aún eso poco se le quitará.

¹³Por eso les hablo por medio de parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden.

¹⁴En ellos se cumple aquella profecía de Isaías que dice:

“Oirán una y otra vez y no entenderán; mirarán y volverán a mirar, pero no verán;

¹⁵porque este pueblo ha endurecido su corazón, ha cerrado sus ojos y tapado sus oídos, con el fin de no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni comprender con el corazón. Porque no quieren convertirse ni que yo los salve”.

¹⁶Pero, dichosos ustedes, porque sus ojos ven y sus oídos oyen. ¹⁷Yo les aseguro que muchos profetas y muchos justos desearon ver lo que ustedes ven y no lo vieron, y oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron.

¹⁸Escuchen, pues, ustedes lo que significa la parábola del sembrador.

¹⁹A todo hombre que oye la palabra del Reino y no la entiende, le llega el diablo y le arrebató lo sembrado en su corazón. Esto es lo que significan los granos que cayeron al borde del camino. ²⁰Lo sembrado sobre terreno pedregoso significa al que oye la palabra y la acepta inmediatamente con alegría; ²¹pero, como es inconstante, no la deja echar raíces, y apenas le viene una tribulación o una persecución por causa de la palabra, sucumbe.

²²Lo sembrado entre espinos representa a aquél que oye la palabra, pero las preocupaciones de la vida y la seducción de las riquezas la sofocan y queda sin fruto. ²³En cambio, lo sembrado en tierra buena representa a quienes oyen la palabra, la entienden y dan fruto: unos, el ciento por uno; otros, el sesenta; y otros, el treinta»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El Jesús que escoge la parábola como instrumento de enseñanza es ya un experimentado evangelizador, que ha conocido triunfos y fracasos. Con el símil de la siembra pretende explicar la naturaleza del Reino de Dios y las leyes que rigen su implantación; deja ver, además, sus propias convicciones: dice cómo se expande el reino y por qué encuentra tanta dificultad. Sus palabras son una seria advertencia para sus oyentes y, al mismo tiempo, un claro mensaje de esperanza.

Jesús no suele comentar sus parábolas; deja que sean ellas las que interroguen a sus oyentes. Aquí, excepcionalmente, añade un doble comentario, lo que prueba que cuanto está diciendo es de gran importancia. De hecho, la explicación que da va dirigida sólo a sus discípulos. Tiene dos partes: un severo juicio teológico y una aclaración alegórica. Primero, y respondiendo a una lógica pregunta de sus discípulos, justifica su discurso en

parábolas recurriendo a la Escritura; la razón que aduce es más sorprendente aún que su modo de hablar: para que oyendo... ¡no oigan ni entiendan! Un pueblo que se cierra a la escucha de Dios no se merece una evangelización diáfana y convincente. A quienes no buscan conversión se les ha de impedir que entiendan. Sentir necesidad de ser salvado es requisito para que se abran ojos y corazón al evangelio predicado. No basta ser oyente para llegar a ser creyente, que no por ser hijos de profetas se va a entrar en el reino; quien cierra ojos y corazón a Cristo se excluye del reino de Dios.

En un segundo momento, Jesús explica la parábola, y minuciosamente, sólo a quienes, discípulos, son dichosos porque ven y oyen. Acompañar a Jesús les hace bienaventurados, más que los mismos profetas que esperaron ver lo que ellos están contemplando. Individúa primero las dificultades que encuentra la semilla para ser acogida y crecer. No nacen del rechazo; aquí todos reciben la semilla, pero o se la dejan robar o la descuidan. Llama la atención la generosidad, o la simpleza, del sembrador a quien no le parece mal desperdiciar semilla al esparcirla donde poco o nada puede germinar. Señala, después, la diversa fertilidad de quienes acogen la palabra y la cuidan. Ni siquiera en campo bueno el mismo grano fructifica de forma idéntica; para que existan frutos, el terreno ha de estar preparado; pero los resultados no dependen de la propia preparación. La dicha de oírle, ¡y el riesgo de no aceptarle!, está a nuestro alcance hoy; pero ello no basta: si no hay fruto, se ha inutilizado la sementera y el esfuerzo del mismo Dios, de Jesús en persona; una grave responsabilidad, para quien sabe que la Palabra de Dios es alimento de su vida.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Quienes escuchamos con frecuencia el evangelio deberíamos sentirnos provocados por esa seria advertencia y confortados por la grata promesa, que las palabras de Jesús conllevan: la siembra llega a todos, pero no están igualmente preparados; los obstáculos que cada uno pone a la entrada de Dios en la propia vida, son tan diferentes como diferentes son sus vidas. Cada oyente rivaliza en su oposición a Dios que le habla; pero las razones de su resistencia son siempre únicas, exclusivas; nacen, como en la parábola, de las circunstancias concretas en que vive cada uno. Por eso, incluso en el mejor de los campos, y lo saben muy bien los agricultores, los frutos son desiguales; la preparación previa, igual para todos, no asegura un resultado final idéntico. Aunque sea necesaria la buena disposición, la fertilidad del campo no depende más que del grano: la Palabra de Dios necesita acogida y cuidados; pero será su potencia, y no la capacidad de cuantos la oyen, lo que producirá frutos en la vida del creyente.

Como el sembrador que, al mismo tiempo que el grano, pone su esperanza en el campo que siembra, así ha sido nuestro Dios con nosotros, cuando nos ha dirigido su palabra. Antes incluso de que nosotros le oponamos toda resistencia imaginable, Dios ha confiado en nosotros, poniendo su querer a nuestra altura, sembrando su palabra en nuestra vida. Debería sobrecogernos este derroche de ilusión, esta capacidad de confiarse que Dios ha mostrado con nosotros, antes aún de que podamos sentirnos preocupados por la deuda de respuesta que mantenemos con Él. La esperanza que le hemos merecido, la fe que nos ha tenido cuando nos ha considerado dignos de su palabra y de sus exigencias, tendría que conmovernos. ¿Cómo no maravillarse de un Dios que sigue sembrando en nosotros, sin desanimarse por el escaso fruto que le rendimos? Sin dejarnos sorprender por la ilusión que le damos al Dios sembrador, a pesar de nuestra incapacidad, no nos sentiremos enriquecidos por su siembra ni emplazados a dar fruto. Nos sabremos interlocutores de Dios, objeto de sus cuidados, cuando nos sentimos obligados a responderle, mientras nos esforcemos por obedecerle. Quien escucha la Palabra de Dios, pues, debería sentirse halagado por haber sido escogido como interlocutor de su Dios, antes de saberse comprometido a responderle. Una de las formas más eficaces de sentirse querido por Dios es, sin duda, el saberse requerido por Él a comportarse según quiere: si no le importáramos a Dios, no tendría ningún interés en hablarnos. Que salga a nuestro encuentro, como el sembrador, que nos considere merecedores de su Palabra, como el campo de la semilla, nos ha de convencer que aún nos toma en consideración, que cuenta todavía con nosotros. Ser oyente de la Palabra de Dios significa, antes que nada, ser íntimo de Dios.

Pero la semilla sembrada, la Palabra de Dios escuchada, más que un privilegio inmerecido, que lo es, es una responsabilidad que satisfacer. Como un campo no bien dispuesto hace estéril el esfuerzo del sembrador, podemos estar inutilizando de mil modos la Palabra que Dios ha tenido a bien comunicarnos: dejándonos robar por cualquiera cuanto Dios ha puesto en nuestro corazón, impidiéndole a Dios que plante raíces en nuestra vida, ahogando sus exigencias con nuestros deseos e ilusiones, preocupándonos más de lo que aún no tenemos que por cuanto Dios ya nos ha prometido, afanándonos por obtener con nuestras propias fuerzas lo que Dios quisiera darnos con su gracia, prefiriendo una vida fácil sin Dios a un Dios que hace un tanto difícil nuestra vida, convertimos su palabra en sonido inútil y sus cuidados en afecto desperdiciado.

No haríamos bien si, hoy mismo, y en la presencia de ese Dios empeñado en sembrar su vida y su palabra en nuestros corazones, no nos preguntáramos por los obstáculos, en concreto, que está Él encontrando en nuestra vida: ¿qué es lo que, no siendo Él, puede estar mereciendo de nosotros mayores atenciones?; ¿quién se lleva nuestras mejores atenciones a diario?; ¿quién ocupa nuestro corazón?; ¿qué es lo que da sentido a nuestras vidas? Sólo si individuamos de dónde vienen nuestro embotamiento, nuestra torpeza, nuestra resistencia, podremos convertirnos a la escucha de Dios y llegar a la obediencia.

El mismo campo y la misma semilla sembrada, nos advierte Jesús, no dan idéntico fruto. Si ello no molesta al labrador, no tendría que ser un problema para nadie: Dios da por descontado que todos han de dar fruto, aunque sabe que no con la misma generosidad. Quien atesora lo que Dios le dice, cuanto Dios quiere de él, tiene que sentirse alentado, al saber que Dios no le exige el máximo, con tal de que dé algo de cuanto ha recibido. La esperanza que Dios ha puesto en quien ha querido hacer su interlocutor y amigo, porque conoce su voluntad, no se defrauda, si no se alcanza a dar todo cuanto El se hubiera deseado. Quien nos ha tenido tanta confianza como para dirigirnos su palabra y proponernos su voluntad, nos tiene larga paciencia y espera de nosotros siempre algo más hoy de cuanto le dimos ayer. Porque Dios quiere de nosotros lo mejor, no se contenta con lo bueno que ya somos; porque nos ama más, espera más de nosotros. Y como nos ama mejor, espera que seamos mañana mejores de cuanto hoy fuimos.

Haber sido, como el campo sembrado, causa del trabajo, motivo del interés de Dios, agranda nuestra responsabilidad; como el labrador, Dios espera de nosotros un fruto. Cerrarse a la esperanza que Dios ha cifrado en nosotros, nos excluiría de su reino: Dios puede perdernos, si inutilizamos su fatiga; pero nosotros nos perderíamos a nuestro Dios; la nuestra sería ¡qué duda cabe! - una pérdida mayor.

Como para aquella muchedumbre que oyó por vez primera a Jesús hablar del Dios sembrador, la dicha de escuchar a Dios y el riesgo de no aceptarle van parejos: si no damos fruto, hacemos vana la esperanza de Dios y su trabajo y estéril nuestra vida y, lo que es peor, inútil a nuestro Dios. ¿No será ésta la razón por la que, tras tantos años de escuchar a Jesús la gente no ve en nosotros nada nuevo, fruto alguno, digno de Dios? Si nos alegramos por lo mucho que Dios nos quiere, pues tanto nos cuida, responsabilicémonos, de una vez por todas, y hagamos realidad cuanto Él quiere de nosotros. Sólo así estaremos seguros de las atenciones del Dios que no cesa de sembrar, y esperar, en nosotros.